

**Homilía para la celebración de la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo
Santuario Nuestra Señora de la Paz, Chiclayo, Perú**

11 de febrero de 2026

Cardenal Michael Czerny S.J.

Lecturas: 2 Re 20, 1-6; Sal 101; St 5, 13-16; Mt 8, 5-17

Queridos hermanos y hermanas, es para mí una alegría y un honor poder transmitirles el saludo y la palabra de su Obispo emérito y nuestro Santo Padre León XIV con motivo de la celebración de la Trigésima cuarta Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra de manera solemne precisamente aquí, en Chiclayo, Perú.

El Papa León, que tiene un vínculo especial con esta tierra por haber ejercido su ministerio como misionero y obispo entre ustedes durante varios años, hace referencia en su Mensaje para esta jornada precisamente a esa experiencia personal de vida como una ocasión en la que pudo constatar «cómo muchas personas comparten la misericordia y la compasión», según el estilo sugerido por la parábola del Buen Samaritano, icono bíblico de esta Jornada.

Queridos hermanos, esta indicación me parece particularmente significativa y también reviste una importancia especial para nosotros: el amor que lleva el dolor del otro, en el centro del mensaje del Papa, no puede reducirse a una mera idea, resultado de reflexiones teológicas o sociológicas abstractas. Se puede hablar de este amor *solo a partir de la propia experiencia y fe personal, así como a través del recuerdo vivo de las ocasiones en que hemos sido testigos de este amor «en acción».*

Aprendiendo del Santo Padre, por lo tanto, en esta Eucaristía queremos presentar también nosotros al Dios de la Vida nuestra íntima gratitud por todas las veces que, de algún modo, hemos sido partícipes de ese amor que cura y salva. En este camino, no estamos lejos de los muchos rostros y nombres que pueblan las páginas de las lecturas que acabamos de proclamar: personas que han experimentado personalmente la sanación, como Isaías, el salmista, el centurión y muchos otros. Si hay un hilo conductor que une a todos estos personajes bíblicos, ¡y a cada uno de nosotros con ellos!, *es precisamente la experiencia de ese amor divino que, «llevando el dolor del otro», puede dar vida, salud y salvación. Unidos por la experiencia del dolor y del amor que sana,* también nosotros podemos encontrarnos en las palabras que León XIV nos transmitió en su Mensaje: «Ser uno en el Uno supone sentirnos verdaderamente miembros de un cuerpo en el que llevamos, según nuestra propia vocación, la compasión del Señor por el sufrimiento de todos

los hombres. Es más, el dolor que nos conmueve no es un dolor ajeno, es el dolor de un miembro de nuestro propio cuerpo al que nuestra Cabeza nos manda acudir para el bien de todos».

Partiendo de aquí, quisiera detenerme en *tres aspectos* que nos sugieren la Palabra de Dios y el Mensaje del Santo Padre.

En primer lugar, si la del amor que sana es, y debe ser, una experiencia personal, siempre se perfila como *un verdadero camino de «conversión»* para quien decide hacerse cargo del dolor del otro. Reflexionando sobre el profeta Isaías, que, en la primera lectura, casi adaptándose al «cambio» de Dios hacia Ezequías, primero le anuncia la muerte inminente a este último (cf. 2 Re 20, 1), pero luego, cuando está a punto de marcharse, es llamado a volver atrás para llevar al rey, en nombre de Dios, una noticia completamente diferente, que le devuelve la esperanza de curación y vida (cf. 2 Re 20, 4-5). Sí, queridos hermanos y hermanas, ¡el amor es un proceso de conversión, en el sentido más auténtico del término! Se trata de «mirar con los ojos de Dios», de no conformarse con proclamar fríamente profecías nefastas o anunciar diagnósticos trágicos, sino, más bien, de estar siempre dispuestos a cambiar de rumbo, para inclinarse con esperanza, una y otra vez, hacia el otro.

Como escribe el Papa, basándose en una cita de san Agustín, «nadie es prójimo de otro sino cuando se acerca voluntariamente a él. [...] El amor no es pasivo, va al encuentro del otro; ser prójimo no depende de la cercanía física o social, sino de la decisión de amar».

Pidámosle hoy al Señor este primer don: ser prójimo del otro para que sea capaz de «convertirme» a él, para que su dolor, del que quiero hacerme cargo, cambie radicalmente el rumbo de mis sentimientos, de mis pensamientos, de mis planes. Así podré aprender, según las palabras del Pontífice, que «la participación personal en los sufrimientos del otro implica el darse a sí mismo, supone ir más allá de cubrir necesidades, para llegar a que nuestra persona sea parte del don».

Un segundo aspecto digno de mención se refiere, por tanto, a la *misión compartida en el cuidado de los enfermos*. El Santo Padre se detiene ampliamente en este punto en la segunda parte de su Mensaje, en la que afirma la «*dimensión social*» de la compasión, mostrando cómo «esta experiencia, que se realiza en un entramado de relaciones, supera el mero compromiso individual». A este respecto, me gustaría mencionar las valiosas indicaciones que el apóstol Santiago nos ofrece hoy en la segunda lectura: «¿Está enfermo alguno de ustedes?, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor» (St 5, 14) y aún más: «confiesen mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados» (St 5, 16).

En estas palabras, que podemos reconocer como trasfondo de los llamados «sacramentos de sanación», que hoy celebramos en este santuario, sobre todo en

beneficio de los más débiles y heridos, se puede encontrar una muestra de la eficacia de ese «principio comunitario» en la acción de la Iglesia de atención a los enfermos. Me gusta al menos evocar, en esta memoria de Nuestra Señora de Lourdes, lo que ocurre dentro de los límites de ese Santuario cargado del dolor y las esperanzas de salvación de tantos hombres y mujeres. Ellos, en la diversidad de los ministerios vinculados a las necesidades de cada enfermo, juntos pueden dar mucho más de lo que, a primera vista, cabría esperar de cada uno por separado. María es nuestra maestra en esto: como en Caná, así en Lourdes, así en todo lugar de sufrimiento, nos repite aquel «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2,5); lo hace con la dulzura y la firmeza maternas de quien, invitándonos a unir nuestras manos con las de los demás, nos confía de nuevo la misión de aunar nuestro compromiso personal al de todos aquellos que desean responder a la llamada divina, a la compasión y al cuidado.

Solo así Dios mismo puede seguir respondiendo a las necesidades de tantos, desplegando su acción salvífica a través del compromiso activo de quienes, unidos únicamente por el deseo de servir a los hermanos, se hacen cargo, juntos, de su dolor. *Hoy, en este santuario dedicado a María, Nuestra Señora de la Paz, pedimos un segundo don: ser capaz de colaborar con los demás por el bien de todos y, sobre todo, de los más frágiles, ofreciendo lo que puedo y venciendo la tentación de ese individualismo desconfiado o, a veces, presuntuoso, que me aleja de mis hermanos en la misión de cuidar de a más necesitados.*

Por último, el Papa nos recuerda en su Mensaje que «servir al prójimo es amar a Dios en la práctica»; en otras palabras, como cristianos nunca podemos olvidar que nuestro amor por los demás es siempre expresión concreta de nuestro amor por Dios y que, a la inversa, no podemos decir ni pensar que amamos a Dios sin pasar por el camino del amor, es decir, el amor dado al otro que me necesita. A este respecto, en el Evangelio de hoy, Jesús subraya dos veces el ejemplo de fe, la relación con Dios, del centurión (cf. Mt 8, 10.13). El amor del centurión hacia ese siervo enfermo y la esperanza de sentarse a la mesa «con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos» (Mt 8, 11) parecen encontrar precisamente en esta relación con Dios, de la que la fe es expresión, su «clave de bóveda».

Queridos hermanos y hermanas, ¡esta fe nos ha reunido hoy para celebrar la Eucaristía en la Jornada Mundial del Enfermo 2026! Nos estamos abriendo, más bien, a través de un diálogo «familiar» con Dios, como el del centurión, al encuentro de fe con Aquel que, presente y vivo entre ustedes, es la razón de su amor, de su esperanza y de sus acciones de amor. *Pidamos, pues, al Señor el don de esa fe que Él alaba en el centurión, mientras con las palabras del salmista lo seguimos invocando, por nosotros y por toda la humanidad que sufre: «Señor, escucha mi oración y llegue a ti mi clamor. [...] Quede esto escrito para el tiempo futuro y un pueblo renovado alabe al Señor» (Sal 101, 2.19). Amén.*